

Presentación de las pinturas del ábside de la Catedral de la Almudena de Madrid

- Gabriele Finaldi. Director Adjunto del Museo del Prado y autor de Viendo la Salvación. La Imagen de Cristo
- Palabras sobre la pintura por Kiko Argüello
- Biografía de Kiko Argüello
- Explicación de los iconos.
 - Bautismo
 - Transfiguración
 - Crucifixión
 - Cristo Pantocrátor
 - Resurrección
 - Ascensión
 - Pentecostés
- ¡Gracias, Kiko! de Vittorio Messori

Gabriele Finaldi

Director Adjunto del Museo del Prado y autor de Viendo la Salvación. La Imagen de Cristo.

Las pinturas murales que ha pintado Kiko Argüello en la Catedral madrileña de la Almudena se insertan en la más antigua tradición pictórica cristiana: símbolos y representaciones, imágenes de carácter narrativo y, al mismo tiempo, escenas litúrgicas. El arte en las catacumbas confirmaba la fe de los creyentes, los mosaicos de las basílicas paleocristianas alababan la majestad de Cristo, y los ciclos pictóricos de las iglesias medievales transmitían las historias evangélicas y su contenido salvífico a los fieles. “La belleza y el color de la imágenes estimulan mi oración para dar gloria a Dios”, decía San Juan Damasceno, el gran apologista del arte cristiano.

En el ábside de la Almudena los “frescos” - realmente son pinturas al óleo sobre el llamado “estuco romano” - ilustran y anuncian los grandes acontecimientos de la fe: a la izquierda, el Bautismo de Jesucristo en el Jordán, la Transfiguración y la Crucifixión, y a la derecha, la Resurrección, la Ascensión y Pentecostés. En el centro, directamente encima del altar mayor y perfectamente visible desde el fondo de la nave, está el Pantocrátor, el Cristo Todopoderoso, que resplandeciente de blanco parece salir de los confines físicos del espacio de la pared en que está pintado, anunciando la segunda venida y el juicio escatológico. “Amad a vuestros enemigos. Vengo pronto”, rezan las palabras en el libro abierto que lleva en la mano izquierda. Es el mismo Cristo de los mosaicos de Rávena y Monreale, de los ábsides románicos de las iglesias catalanas, y de las iconostasis rusas y griegas.

En el siglo XX el arte religioso ha experimentado una profunda crisis. Ninguno de los grandes artistas de la modernidad se ha dedicado a la decoración de iglesias, salvo alguna rarísima y muy puntual excepción como Matisse o Chagall.

Las vanguardias abandonaron los temas tradicionales de la pintura religiosa prefiriendo, en cualquier caso, un misticismo de carácter abstracto como el que practicaron Mondrian, Kandinsky o Mark Rothko. Los pintores figurativos han utilizado la iconografía cristiana con fines alusivos o hasta irónicos como, por ejemplo, hicieron Otto Dix y Francis Bacon. En el umbral de un nuevo siglo y en el contexto de un panorama artístico como el actual que ofrece estilos y lenguajes tan variados ¿qué tipo de decoración y qué lenguaje pictórico para una catedral tan importante como la de Madrid? Argüello se remonta a la iconografía y las formas que estuvieron vigentes durante mil años de historia del arte europeo – prácticamente hasta el Renacimiento - buscando en la tradición pictórica las fuentes de una renovación estética cristiana capaz de expresar la belleza y la antigüedad de la fe, y los anhelos ecuménicos - muy actuales - de unión con las iglesias de oriente. No es en absoluto un arte ajeno a estas tierras. En la tradición bizantina se formó Doménikos Theotocopoulos, El Greco, y tanto sus figuras hieráticas, alargadas y de intensos colores, como el contenido espiritual de sus obras españolas, son deudoras de la misma tradición milenaria. En estas pinturas murales los brillantes fondos de pan de oro, como en los retablos de Duccio di Buoninsegna y los iconos de Andrej Rublyev, atestiguan que las escenas van más allá de la inmediatez del hecho histórico para transmitir acontecimientos de divina trascendencia.

¿Pintura neo-bizantina en un contexto arquitectónico neo-gótico? La Iglesia no nació ayer. Tiene dos mil años de tradición artística y una de sus grandes virtudes institucionales ha sido la de renovar dentro de la tradición, sintetizar y yuxtaponer sin rupturas, como el dueño de una casa “que saca de su arca cosas nuevas y cosas viejas”. Las pinturas de la Almudena, cómo los murales que ha ejecutado Argüello en las iglesias de Roma, Florencia, Piacenza, y Madrid, respiran un aire intemporal pero también de nuestro tiempo. Las inquietudes por un abstractismo formal y por el valor intrínseco de los colores, la mezcla de distintos tipos de acabado, las ansias por una elegancia geométrica, son la herencia de cierta pintura del siglo XX. Trasciende, en las pinturas de Kiko, un deseo de hacer puentes entre lo antiguo y lo moderno, la tradición y la modernidad.

Sobre las escenas pintadas Argüello ha diseñado siete vidrieras, éstas de carácter puramente abstracto. En la vidriera del centro se inscribe el nombre de “Maria”, patrona de la catedral, y en las otras, “Palabra” en seis idiomas distintos. La combinación de letras y decoración abstracta también refleja inquietudes artísticas modernas, desde el Cubismo a Jasper Johns, pero es también parte de la cultura visual hispano-islámica. Una octava vidriera en la capilla directamente detrás del altar mayor, realizada con una novedosa técnica de grabado al ácido sobre cristal, representa a Cristo resucitado saliendo del sepulcro. Está concebida como parte integral del conjunto decorativo, de tal forma que, desde la nave, se establece un eje visual vertical que va desde el altar del Cristo eucarístico, al Cristo en la cruz de madera policromada (ya existente), pasando por el Cristo resucitado de la vidriera hasta llegar al Pantocrátor del Juicio Final en la pintura del ábside.

En la nueva decoración de la Catedral de la Almudena se ofrecen unos ricos contenidos teológicos y artísticos: para los creyentes, la posibilidad de reflexionar y profundizar en los misterios de la fe; para los titubeantes, la ocasión para cuestionarse nuevamente sobre estos mismos misterios, y para los muchos otros que visitan la catedral, la oportunidad de ver la "belleza de lo divino".

Gabriele Finaldi (Londres, 1965) es historiador del arte que se formó en el Courtauld Institute of Art de Londres. Ha trabajado diez años como Conservador de Pintura Italiana y Española en la National Gallery, ha publicado sobre arte barroco y ha sido comisario de varias exposiciones, entre ellas 'Spanish Still Life from Velázquez to Goya' (1995) y, en el año 2000, 'Seeing Salvation: The Image of Christ'. En 2002 organizó la exposición 'Ribera: La Piedad' en el Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid, y en el mismo año fue nombrado Director Adjunto de Conservación e Investigación del Museo Nacional del Prado.



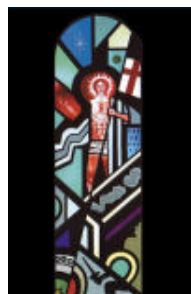
En el presbiterio de la Catedral de Nuestra Señora de la Almudena de Madrid están representados siete de los misterios más importantes de nuestra salvación: el Bautismo de Jesús, la Transfiguración, la Muerte, la Resurrección, la Ascensión al cielo y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Al centro de la composición, presidiendo toda la catedral, la imagen de Jesús Pantocrátor, en su Segunda Venida, cuando vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Las pinturas murales en su conjunto forman así una "corona misteriosa" dado que representan aquellos misterios que desde lo alto de cada paño del presbiterio poligonal anuncian lo que se celebra y se realiza en el altar: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, Ven señor Jesús", decimos en cada Eucaristía después de la consagración. Sobre las pinturas, como joyas que embellecen y adornan dicha "corona" hay dispuestas siete vidrieras dedicadas a la Palabra o Verbo de Dios, con su nombre en diferentes lenguas: latín, griego, hebraico, siríaco, cirílico y español. Al centro de todas ellas, el nombre que resume a la Iglesia, el nombre de MARIA.





Bajo la imagen del Pantocrátor, situada en la capilla axial del ábside, ilumina toda la nave central otra vidriera. En ella está representado Cristo resucitando de la muerte con la bandera de la victoria en la mano izquierda y con la mano derecha levantada mostrando sus llagas gloriosas. A los pies de Cristo aparece la tumba vacía con las vendas y el sudario y en la parte más baja, a la izquierda, el esbozo de un soldado con su escudo y su espada caídos por tierra como símbolo del triunfo de la Vida sobre la guerra y la muerte. Este mismo Cristo resucitado como nuevo Adán llamó a la Magdalena, en el jardín del sepulcro, con el nombre de MARIA; es el nombre de la madre de Jesús. A ella está dedicada la Catedral de Madrid y su nombre desde lo alto del presbiterio protegerá a todos y cuantos entren en ella. Así, las vidrieras, llenas de colores vivos radiantes y armónicos, en estructuras abstractas que recuerdan al pintor Mondrian, envuelven, adornan y embellecen los diferentes nombres descritos.



En cuanto a la técnica empleada, las pinturas están realizadas sobre muro preparado con estuco romano, utilizando distintos pigmentos minerales aglutinados con aceite de lino y diluidos con esencia de trementina. Los óxidos así diluidos penetran en el estuco haciéndose un cuerpo con el. En la medida que la cal y la marmolina van recibiendo el color y este va penetrando en el estuco, la pintura mural adopta una textura mate y aterciopelada de gran duración y efecto cromático. Los fondos están hechos con pan de oro. Por su parte, las vidrieras, realizadas en la isla de Murano (Venecia), están hechas sin plomos, con una nueva técnica donde los cristales soplados van engarzados en aluminio negro. La figura del Cristo resucitado ha sido grabada sobre cristal placado a fuego con ácido fluorhídrico.

Modernidad y tradición; nueva estética y representación no sentimental, sino teológica de nuestra fe. La composición y los contenidos estructurales de la iconografía representada siguen la más antigua tradición, sea de la Iglesia de Oriente como de Occidente; aquella anterior al siglo XV, en un momento en el que las Iglesias aún no estaban separadas ni por la fe, ni por la teología, ni por la estética.

Sólo la belleza que es Cristo salva el mundo. Dicha belleza se hace presente en la Iglesia que es su cuerpo, sobre todo a través de la comunidad cristiana. ¡Mirad como se aman! Gritó el mundo pagano al ver las comunidades cristianas primitivas, en las que la belleza del amor crucificado fue la luz que convirtió al imperio romano. Hoy hemos de devolver a la Iglesia esta belleza, y para ello es necesario volver a evangelizar en las parroquias a través de un camino de iniciación cristiana.

En el libro abierto que sostiene el Pantocrátor situado en el centro del ábside de la catedral está escrito: "AMAD A VUESTROS ENEMIGOS ¡VENGO PRONTO!". La representación de la fe cristiana en el arte, tiene siempre que ser un reflejo del alma, un anuncio celeste. En estas pinturas, el fondo de oro y la perspectiva invertida que coloca el punto de fuga no en el interior de la pintura, como en el Renacimiento, sino fuera de ella, en el espectador, como es propio de la iconografía Oriental, hacen de estas imágenes, un anuncio kerigmático, una buena noticia que se actualiza en el momento en el cual se contempla, de modo análogo a como actúan los sacramentos, que hacen presente el acto salvífico de Cristo proponiéndolo como salvación en el hoy y en el ahora.

En estas pinturas hemos seguido el Canon ortodoxo de los grandes misterios cristianos, ya sea en la composición como en los colores. Siguiendo, sobre todo, siguiendo las huellas del gran Rublev, hemos buscado una expresión moderna incorporando los descubrimientos del arte occidental contemporáneo, desde el impresionismo en adelante: Matisse, Braque, Picasso, etc., en el intento también de abrir un puente a través del arte entre las Iglesias Católica y Ortodoxa.

Valientes para buscar caminos y andaduras de amor a Dios y al hombre, sin miedos, en la esperanza de que Él está con nosotros "hasta el fin del mundo", caminamos.
Rezad por mí.

Kiko Argüello

Biografía de Kiko Argüello

Francisco Argüello nace en León el día 9 de Enero de 1939. Estudia Bellas Artes en la Academia de S. Fernando de Madrid recibiendo el título de profesor de pintura y diseño. En 1959 consigue el Premio Nacional Extraordinario de

Pintura. Después de una profunda crisis existencial, se produce en él una seria conversión que le lleva a dedicar su vida a Cristo Jesús y a la Iglesia.

En 1960, juntamente con el escultor Coomontes y el vidrierista Muñoz de Pablos, funda el grupo de investigación y desarrollo del Arte Sacro "Gremio 62". Con este grupo hace exposiciones en Madrid (Biblioteca Nacional), y representa a España, nombrado por el Ministerio de Relaciones Culturales, en la Exposición Universal de Arte Sacro en Royan (Francia) en 1960. Por esas mismas fechas Kiko expone algunas de sus obras en Holanda (Galería "Nouvelles images"). Una beca de estudio para buscar puntos de coincidencia entre el arte protestante y el arte católico, de cara al Concilio Vaticano II. Convencido de que Cristo está presente en el sufrimiento de los últimos de la tierra y siguiendo la huella del P. Charles de Foucauld, en 1964 abandona su estudio de pintor y la pintura como carrera, para ir a vivir entre los más pobres, marchándose a una barraca de tablas de Palomeras Altas, en la periferia de Madrid.

Más tarde, Kiko conoce a Carmen Hernández, licenciada en Químicas y en Teología. Gracias al liturgista P. Farnés Schroder entran en contacto con el corazón de la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II y con la centralidad del misterio pascual. Impulsados por el ambiente de los pobres se vieron forzados a encontrar una forma de predicación que dio lugar a la formación de una pequeña comunidad cristiana. Nace así la primera comunidad entre los pobres (gitanos, analfabetos, vagabundos, quinquis, ex-presidarios, prostitutas, etc.) en la que se hace visible el amor de Cristo crucificado. En contacto con las parroquias de ambientes culturales diversos se perfila, poco a poco, un camino de iniciación cristiana para adultos que descubre y recupera la riqueza del Bautismo. Después de treinta años de trabajo en más de cien naciones, este Neocatecumenado ha sido reconocido por el Santo Padre Juan Pablo II como "un itinerario de formación católica, válido para la sociedad y para el tiempo actual" (Juan Pablo II, Estatuto del Camino Neocatecumenal, 29 de junio 2002, art.1). Kiko Argüello, Carmen Hernández y el sacerdote italiano P. Mario Pezzi son hoy los responsables a nivel mundial del Camino Neocatecumenal, presente en 101 naciones de los 5 continentes, en 820 diócesis, y casi 5.000 parroquias, con cerca de 20.000 comunidades. La renovación pastoral que poco a poco se ha ido llevando a las parroquias a través del Camino Neocatecumenal, ha obligado también a redescubrir y desarrollar cauces de renovación estética (pintura, arquitectura, vidrieras, música, signos y ornamentos litúrgicos...) capaz de expresar y revivir los contenidos de la fe cristiana en el hombre moderno. En Roma Kiko ha pintado grandes murales en la cripta de la iglesia de los Mártires Canadienses; en la iglesia de Santa Francesca Cabrini ("Ascensión del Señor"); en la cripta ("Santísima Trinidad") y en la Iglesia de San Luis Gonzaga ("Aparición de Cristo Resucitado a Sto. Tomás"). En Porto San Giorgio, cerca del Santuario de Loreto, se ha edificado el "Centro Internacional para la Nueva Evangelización", según un proyecto de Kiko Argüello. También ha realizado en vidrieras una gran crucifixión y una representación abstracta de la creación. También cabe reseñar los múltiples trabajos con vidrieras en los Seminarios "Redemptoris Mater" de Newark y

Denver (EE.UU.), Roma y Macerata (Italia), en el Centro Neocatecumenal diocesano de Madrid, etc. En Florencia, ha pintado una "corona misterica" alrededor del altar de la iglesia de San Bartolome in Tuto y ha diseñado, junto con el arquitecto italiano Alberto Durante, un "Catecumenium" (estructura y disposición de salas para las celebraciones de las comunidades y otras tareas pastorales).

En Piacenza, en la parroquia de la Santísima Trinidad, ha realizado una de las pinturas murales más grandes del mundo (500 metros cuadrados). A modo de gran fresco en la cabecera de la iglesia representa la Gloria de Cristo Resucitado sobre un fondo dorado. Fue inaugurada con la presencia del Obispo, de un representante de la Iglesia ortodoxa de Moscú y de tres Patriarcas orientales.

También en Madrid Kiko ha proyectado la arquitectura de diversos "Catecumenium" y pintado diferentes temas en las parroquias de El Tránsito ("La dormición de la Virgen"), de San José ("La transfiguración"), de La Paloma (ha diseñado y pintado la capilla dedicada a "Pentecostés") y en Santa Catalina Labouré (donde ha proyectado la arquitectura de la iglesia conjuntamente con el arquitecto alemán Gottfried Klaiber) ha pintado una gran corona misterica sobre fondo de oro que decora todo el templo. Asimismo en la parroquia de San Frontis de Zamora ha pintado un mural curvo con el Nacimiento de Jesús, el Bautismo y la Resurrección.

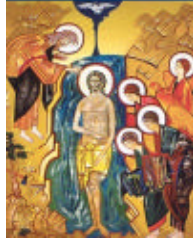
En Finlandia, en la ciudad de Oulu, ha proyectado con el arquitecto suizo Gabriele Geronzi la primera parroquia en una zona donde nunca había llegado antes la presencia de la Iglesia Católica.

También en Israel proyectó, junto con un equipo de arquitectos (Antonio Ábalos y Guillermo Soler, españoles; Mattia Del Prete, italiano y el mencionado Gottfried Klaiber), el edificio de la Domus Galilaeae (centro de formación bíblica y de acogida de peregrinos a Tierra Santa), donde recientemente ha finalizado la pintura sobre el "Juicio Final" que decora la iglesia de este nuevo edificio.

Cabe mencionar asimismo los proyectos arquitectónicos que (con el mencionado grupo de colaboradores) ha elaborado para la edificación de los Seminarios Misioneros Diocesanos "Redemptoris Mater" de Santo Domingo, Nicaragua, Medellín, Macerata y Denver, entre otros.

La Santa Sede encargó a Kiko pintar un icono dedicado a la "Sagrada Familia de Nazareth" para que presidiese las diversas celebraciones de las Jornadas Mundiales de la Familia. E igualmente, la Santa Sede le encomendó un icono de la "Virgen María" para el jubileo del año 2000.

CATEQUESIS SOBRE LOS ICONOS



BAUTISMO

“En aquellos días Jesús vino de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y en seguida, mientras subía del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu descendía sobre él como paloma. Y vino una voz desde el cielo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco.” Marco 1, 10-11

Jesús –escondido desde su nacimiento entre los hombres, como preveía la tradición judía en referencia a la venida del Mesías- en el bautismo, reconocido por Juan, se revela públicamente por primera vez ante el pueblo.

En un himno de la fiesta ortodoxa del Bautismo Jesús dice a Juan: “Profeta ven a bautizarme... tengo prisa por hacer morir al enemigo escondido en las aguas, el príncipe de las tinieblas, para liberar el mundo de sus redes donándoles la vida eterna”; por eso Jesús entra en el Jordán, imagen de su sepultura. De hecho las aguas no santificadas, que recuerdan la muerte del diluvio, son llamadas “sepulcro fluido”. Jesús, entrando en el Jordán, imagen de su sepultura, ya vive su pasión y su “bautismo” en la cruz. San Juan Crisóstomo comenta: “La inmersión y la emersión son imagen del descenso a los infiernos y de la Resurrección”.

Cristo con su mano derecha bendice las aguas transformándolas de aguas de muerte en aguas de vida, para que todo hombre bautizado en ellas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo pueda ser reengendrado a la vida nueva.

La paloma aleteaba sobre las aguas como el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas del caos primordial, símbolo de la muerte; también la paloma sale del arca buscando una tierra donde descansar después del diluvio: esa nueva tierra es Jesús, “el cordero de Dios” que viene a hacer la voluntad del Padre.

El árbol con el hacha es imagen del ministerio profético por el cual el Bautista anuncia la llamada a conversión, es el cumplimiento de la palabra evangélica: “Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no de buen fruto será cortado y arrojado al fuego” (Mt 3, 10).

Los Ángeles son como diáconos en el servicio litúrgico del Bautismo, prontos para secar y revestir al bautizado. Por eso tienen en sus manos el vestido de Cristo.



TRANSFIGURACIÓN

"Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y les hizo subir aparte a un monte alto. Y fue transfigurado delante de ellos. Su cara resplandeció como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces intervino Pedro y dijo a Jesús: --Señor, bueno es que nosotros estemos aquí. Si quieres, yo levantaré aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, de pronto una nube brillante les hizo sombra, y he aquí salió una voz de la nube diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. A él oíd." Mateo 17,1-5

Cristo aparece en el esplendor de su gloria divina, simbolizada por el candor de sus vestidos. Jesús muestra en sí la naturaleza humana revestida de la belleza original.

Elías y Moisés, con las tablas de la Ley en las manos, respectivamente a la derecha y a la izquierda de Cristo, son los profetas que anuncian la venida del Mesías. Cristo, en el centro de los círculos concéntricos que representan las esferas del universo creado, habla con ellos de su pasión gloriosa.

El icono representa el momento en que Dios hace escuchar su voz desde la nube.

La voz del Padre revela la verdad divina y turba a los apóstoles todavía completamente humanos. Hay un contraste entre la paz que circunda a Cristo, Moisés y Elías y el movimiento de los apóstoles en la parte inferior, que caen de la escarpada cima del monte. Pedro, a la derecha, está arrodillado; Juan, al centro, cae dándole la espalda a la luz; Santiago, a la izquierda, huye y cae hacia atrás.

Pedro maravillado por la visión, quería "establecer las tiendas" e instalarse en la Parusía, en el Reino, antes que la historia de la economía de la salvación llegase a cumplimiento. Pedro no recibe respuesta porque sólo a través de la cruz viene la Resurrección y el Reino.

Cristo se revela a los apóstoles en el esplendor de la gloria divina, para que no se escandalicen de su pasión ya cercana y comprendan que ésta es voluntaria.



CRUCIFIXIÓN

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María esposa de Cleofás y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba, de pie junto a ella, dijo a su madre: --Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: --He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.” Juan, 19, 25-27

María y Juan están al pie de la cruz. Esta pintura capta el momento en que Cristo, antes de morir, encomienda a María el discípulo y su Madre al discípulo. María tiende sus manos en signo de acogida: en la persona de Juan ella recibe a todo cristiano. Su seno, que ha llevado al Hijo de Dios, ahora nos lleva a todos nosotros. Es nuestra Madre. Su cabeza inclinada y sus ojos entreabiertos parecen repetir: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu Palabra” (Lc 1, 38). Los Padres señalan a María como la primera mártir, ya que participa completamente de la pasión de su Hijo. De hecho, según la profecía de Simeón, una espada le atravesará el alma. Ella entrega al Santo para recibir al pecador.

La cruz es el árbol de la vida plantado sobre el Calvario. El Hijo de Dios se presenta al Padre como Hijo del Hombre: “Ecce homo” (Jn 19, 5). La divinidad se eclipsa. El Dios-hombre se identifica con el primer Adán, pero el “Nuevo Adán” será obediente hasta la muerte.

El pie de la cruz está sobre una caverna negra donde reposa la cabeza de Adán. ¿No es acaso el Gólgota el “lugar del cráneo”? En el progenitor toda la humanidad es bañada en la sangre de Cristo.

En la cruz, Cristo cumple la palabra del Evangelio: “Las zorras tienen guarida y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20). Él reclinará la cabeza en la cruz, en la voluntad del Padre. Sus brazos abiertos son signo de la total donación.

El segundo plano arquitectónico muestra las murallas de Jerusalén. Jesús es el hombre de los dolores sobre cuya cabeza recaen todos los pecados del pueblo. Él ha sufrido fuera de las murallas de la ciudad llevando consigo la gloria del Templo; Él ofrece el verdadero culto a Dios en el nuevo templo que es su cuerpo crucificado por amor.



CRISTO PANTOCRÁTOR

“Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre; y entonces se golpearán el pecho todas las razas de la tierra y verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. Él enviará a sus Ángeles con sonora trompeta, y reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo de los cielos hasta el otro” (Mt 24, 30-31).

En el centro de la composición está el Cristo Pantocrátor, es decir, el Todopoderoso, que viene al final de los tiempos en la gloria de su divinidad a juzgar la tierra. El Pantócrator expresa la espera escatológica de la Asamblea cristiana, que experimenta, durante la celebración Eucarística, la presencia viva de Cristo. Esta experiencia la confirma en la fe y enciende en ella el deseo de la venida final del Señor, que establece la victoria definitiva sobre el mal y sobre la muerte. Por eso la Iglesia, con un grito lleno de esperanza exclama: “¡Ven, Señor Jesús!”. En las manos y en los pies se ven las llagas de la crucifixión y de la humillación que sufrió por amor a nosotros. Él es el Hijo del Hombre anunciado por las Escrituras, que despreciado y escarnecido en su primera venida al mundo, viene ahora en su segunda venida como juez justo para juzgar a los vivos y a los muertos. La posición central de la imagen pone de manifiesto también que la historia está orientada hacia su punto conclusivo: el encuentro con Cristo que viene. Nuestro mundo tiende hacia un fin, no de derrota y vacío, sino de plenitud de vida en Dios.:

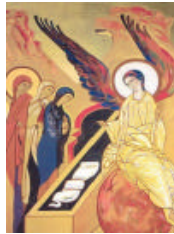
En su mano izquierda tiene el Libro de la Vida, en el cual se lee “Amad a vuestros enemigos” (Mt 5, 44), estas palabras son el corazón de la Nueva Alianza y la imagen del hombre nuevo. De hecho Jesús es al mismo tiempo la imagen de Dios y del hombre. En Él, vencedor de la muerte y Señor de todo lo que esclaviza al hombre, estas palabras son ahora posibles en nuestra vida, y por ellas seremos juzgados. En la página de la derecha del Libro de la Vida se lee: “Vengo pronto” (Ap 22, 20). Son palabras de exhortación, una invitación a la perseverancia para mantener segura nuestra fe.

Su cuerpo está inscrito en tres esferas cósmicas. La primera esfera es gris-azul y representa la tierra. La segunda esfera es negra y representa la muerte que circunda la tierra. La tercera esfera es azul zafiro y representa el cielo. En el centro la figura de Cristo destruye el cerco de la muerte y une el cielo con la tierra. Los cuatro ángulos rojos laterales son imagen de los evangelistas que anuncian y preparan la segunda venida de Cristo al mundo.

En el Cristo Pantocrátor converge todo el ciclo pictórico. Es el centro de los

siete cuadros que forman como una corona misteriosa. A la izquierda están las pinturas que representan la vida terrenal de Cristo: el Bautismo, la Transfiguración y la Crucifixión. A la derecha las pinturas que representan la vida celestial que se inicia ya con el Sábado Santo: la Tumba vacía, la Ascensión al cielo y Pentecostés.

Su figura capta ante todo la mirada de quien entra en la Catedral. Parece desprenderse del fondo de oro y venir a nuestro encuentro, haciéndonos partícipes de su transfiguración final y victoriosa, como expresan las vestiduras blancas, signo de su divinidad. También los cristianos, que en el Bautismo han vencido al príncipe de este mundo, es decir, al diablo, son revestidos de la naturaleza de Dios y llevan túnicas candidas al salir de la piscina bautismal: "El vencedor será así revestido de blancas vestiduras y no borraré su nombre del Libro de la Vida, sino que me declararé por él delante de mi Padre y de sus Ángeles"
(Ap 3, 5).



RESURRECCIÓN

"Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María madre de Jacobo, y Salomé compraron especias aromáticas para ir a ungerle. Muy de mañana, el primer día de la semana, fueron al sepulcro apenas salido el sol, y decían una a otra: -- ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Pero cuando miraron, vieron que la piedra ya había sido removida, a pesar de que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido de una larga ropa blanca, y se asustaron. Pero él les dijo: --No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, quien fue crucificado. ¡Ha resucitado! No está aquí. He aquí el lugar donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis, como os dijo".
(Marcos 16,1-7)

Está alboreando. Las mujeres van al sepulcro. Tienen en las manos óleos aromáticos y mirra para embalsamar el cuerpo de Jesús. Sus vestidos tienen colores crepusculares: las sombras de la noche están cediendo a la aurora. En el lado opuesto, un Ángel con vestiduras doradas; en él se trasluce la luz del día sin ocaso que Cristo ha inaugurado. El mensajero celestial está sentado sobre la piedra que cerraba el sepulcro y que ha sido retirada.

En el centro, la tumba está vacía. La Vida ya no está allí. Como en la Anunciación un Ángel lleva la Buena Noticia: "¿Por qué buscáis entre los

muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado" (Lc 24, 5). Las mujeres reciben y custodian en la fe este anuncio. El Ángel indica la tumba y las vendas mortuorias. Notamos aquí las analogías con la Natividad: la gruta oscura, el pesebre-sepulcro y las vendas. Estas envolvieron el cuerpo mortal del Rey y fueron desatadas por la Resurrección.

El misterio de la Encarnación ha llegado a su cumplimiento. Se abre una nueva era: "Así que, en adelante, ya no conoceremos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conoceremos así. Por lo tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo" (2Co 5, 16-17).



ASCENSIÓN

"Después de decir esto, y mientras ellos le veían, él fue elevado; y una nube le recibió ocultándole de sus ojos. Y como ellos estaban fijando la vista en el cielo mientras él se iba, he aquí dos hombres vestidos de blanco se presentaron junto a ellos, y les dijeron: --Hombres galileos, ¿por qué os quedáis de pie mirando al cielo? Este Jesús, quien fue tomado de vosotros arriba al cielo, vendrá de la misma manera como le habéis visto ir al cielo." (Actas 1, 9-11)

El Señor con su descenso a los infiernos ha aniquilado al adversario y con su Ascensión ha exaltado al hombre. El icono anuncia la victoria sobre la muerte, sobre el infierno y la finalidad de la salvación: nuestra humanidad es introducida definitivamente en la existencia celestial a través de la humanidad de Cristo. Jesús, cumplida su misión regresa al Padre para que el Espíritu Santo descienda en persona sobre nosotros.

Cristo, en un círculo de esferas cósmicas, desde donde se irradia su gloria, extiende su derecha como un gesto de bendición y de envío. En la izquierda, Cristo tiene el rollo de las Escrituras que contienen el anuncio de la Buena Noticia. La obra de salvación está realizada. Ahora debe ser acogida libremente por cada hombre. Es el envío a evangelizar: "Id, pues, y haced discípulos a todas la gentes bautizándolas...y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19-20). La alegría de los apóstoles explota, a pesar de la despedida de Cristo, porque la promesa permanece.

Los apóstoles divididos en dos grupos iguales, forman un círculo y muestran a la Iglesia inscrita en el signo sagrado de la eternidad y del amor entre el Padre y el Hijo. En el grupo de los apóstoles, a la derecha de la Virgen está San Pedro, a la izquierda San Pablo, que ciertamente no fue testigo de la Ascensión

pero que aún así pertenece al núcleo apostólico.

La Virgen, imagen de la Iglesia, está representada entre dos Ángeles por debajo de Cristo que es su cabeza. El extremo de los brazos alzados de los Ángeles y los pies de la Virgen forman los tres puntos de un triángulo, símbolo de la Santísima Trinidad, de la cual la Iglesia es la impronta.

El icono, invirtiendo la dirección del movimiento de Cristo, representa el regreso del Señor: la Parusía. "Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal y como le habéis visto subir al cielo" (Hch 1, 11). Es lo que anuncian los dos Ángeles en medio de los apóstoles.



PENTECOSTÉS

"Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar.² Y de repente vino un estruendo del cielo, como si soplara un viento violento, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Entonces aparecieron, repartidas entre ellos, lenguas como de fuego, y se asentaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en distintas lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen". (Actas 2,1-4)

Pentecostés es el envío del Espíritu Santo de parte del Padre, cincuenta días después de la Pascua. El icono muestra el colegio de los doce apóstoles, signo de las doce tribus de Israel. A la derecha de la Virgen está San Pedro y a la izquierda San Pablo que, por la magnitud e importancia de su obra de evangelización, es siempre incluido por la tradición entre los apóstoles. Cada apóstol tiene en su mano un rollo, símbolo de la predicación de la Buena Noticia. En la tradición occidental iconográfica, la Virgen aparece en el centro de los apóstoles. Su presencia recuerda las palabras de los Hechos: "Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres y de María la madre de Jesús" (Hch 1, 14). No era, de hecho, posible que Aquella que había recibido el Espíritu Santo en el momento de la concepción, no estuviese presente cuando el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles.

Pentecostés transforma al hombre de pecador en santo: los apóstoles, que habían abandonado Jesús en la hora de la pasión y todavía estaban llenos de miedo a pesar de las apariciones de Jesús resucitado, reciben un nuevo espíritu que los transforma en testigos. Los apóstoles sentados forman un arco. Todos están en el mismo plano y son del mismo tamaño, es la armonía de la unidad, don del Espíritu Santo. El icono subraya el relato de los Hechos. Cada apóstol

recibe "personalmente" una lengua de fuego. El Espíritu Santo se da en modo único y personal a cada uno.

Es la fiesta del nacimiento de la Iglesia, comunión entre los hombres. El Espíritu Santo hace aparecer sobre la tierra la revelación de la comunión celestial de las tres personas divinas.

El milagro de las lenguas en el primer discurso de San Pedro lo atestigua. Las lenguas, que en un tiempo habían sido confundidas, como recuerda el episodio de la torre de Babel, ahora se unen en el conocimiento misterioso de la Trinidad. La comunión alcanza tal intensidad que no se trata ya de un conocimiento a través de la lengua, sino de un hablar de espíritu a espíritu.

El personaje vestido de rey, en la parte inferior del icono, es el cosmos. Está rodeado de un arco negro, signo de que el universo está prisionero del príncipe de este mundo y de la muerte. El cosmos tiene en sus manos un paño con doce rollos, símbolo de la predicación de los doce apóstoles y de la Iglesia. En el icono hay dos niveles: arriba, está ya la "nueva creación", realizada por el Espíritu Santo y a la cual aspira la humanidad; abajo, el Espíritu Santo entra en acción con la evangelización para liberar y transformar el cosmos prisionero de la muerte.

¡Gracias, Kiko! de Vittorio Messori

No soy ni un historiador del arte, ni, por supuesto, un experto en iconos. Pero de lo que sí puedo hablar es de lo que he experimentado cuando, anónimo, (y me perdonará el cura, don Antonio Tagliaferri), confundido entre muchos otros, he visitado la Iglesia de la Santísima Trinidad, atraído por el gran ciclo pictórico.

Eran años en los que estaba embargado por una sutil tristeza, como una velada nostalgia. ¿Por qué - me preguntaba cuando, por gracia, me encontraba casi de improviso creyente y cristiano-católico en particular - por qué la arquitectura, la escultura, la pintura aplicada a lo Sagrado, solo logra expresar hoy cosas en gran parte mediocres, cuándo no miserables? ¿Dónde está hoy aquella inspiración que durante siglos ha llevado a crear testimonios capaces de implicar la mente y el corazón en una profunda emoción que en la Belleza lleva, silenciosamente, a contemplar también la Verdad?

Siempre me he contestado que en la base de todo debía haber una crisis de fe: aquella mirada racionalista que sabe analizar la realidad, seccionándola hasta en sus partículas más profundas, pero de la que desaparece el Misterio que la penetra y circunda. Así que, para decirlo con Miguel Ángel que ciertamente lo entendió muy bien: "No basta con ser un maestro lleno de ciencia e intuición para crear la imagen venerable de nuestro Señor: creo que es necesario que el

artista lleve una vida cristiana y hasta santa, para que el soplo del Espíritu lo alcance".

No me asombra pues que Kiko Argüello, pintor de fama ya antes de su conversión y siempre después investigador apasionado de Dios, haya ido a buscar la inspiración allí donde la fidelidad a la Tradición ha mantenido altísimo el concepto y la práctica del arte sacro. En nuestro Occidente, en la Iglesia latina, los iconos han desaparecido, como presencia viva en el culto, desde el siglo XIV: El mundo ortodoxo, en cambio, continúa hasta el presente en el esfuerzo (que es al mismo tiempo artístico, ascético, teológico y espiritual) de producir esta pintura "apofática", es decir que expresa en el símbolo, lo inexpresable, confiriéndole así un carácter sacramental que la hace participar de la comunión con Dios. Por esto, los iconos pueden ser considerados "como centros materiales en los que descansa una energía y una virtud divina que se unen en el arte humano" (V. Lossky) dando así vida a un arte sagrado en el pleno sentido del término.

Pero Kiko Argüello no es sólo un pintor: es un hombre a quien el Espíritu Santo ha concedido el carisma de reconducir en el seno de la Trinidad a una multitud de hermanos extraviados y trastornados, a través de aquel Camino que les convierte en humildes catecúmenos, capaces de asombrarse de nuevo escuchando la Buena Noticia, deseosos de adherirse a Cristo en el agua bautismal y de recibir en Pentecostés la plenitud del Espíritu. Así, capaz de comprender bien el valor de la Tradición oriental, de la que ha respetado y asumido todos sus esquemas, Kiko ha sabido, sin embargo, actualizarla valientemente, expresarla y realizarla en un estilo que, en mi opinión, es la síntesis de su búsqueda pictórica y de su búsqueda espiritual.

El ciclo de Piacenza es ciertamente de gran relevancia artística y religiosa, y precisamente por ello no carece de importancia que sea también fruto de un trabajo colectivo con un grupo de pintores, sus compañeros de aventura, del Camino Neocatecumenal. Se dice que han trabajado y rezado mucho, que han vivido todo este tiempo en sencillez y austeridad. Nos recuerda aquellas cofradías que dieron lugar a las grandes catedrales medievales, llenas de ciencia pero también de Sabiduría, que es fruto del Espíritu. Iconos, pues, en una iglesia católica: todo el ciclo de los Misterios de la fe y de la salvación, de la Anunciación hasta la Dormición de María.

Iconos presentes delante del altar dónde se celebra la eucaristía y los demás sacramentos que vuelven a actualizar hoy para nosotros aquellos mismos Misterios. Un ecumenismo, pues, más en los hechos que en las palabras. Un deseo de que los iconos anuncien, en efecto, el Kerygma en su esencialidad, antes y por encima de cada división, de cada, incluso necesaria, confrontación teológica. A través de ellas, se abre de nuevo el Cielo y manifiesta su Misterio de amor, como hace dos mil años en Palestina, para todos los cristianos, sin excepciones ni laceraciones. Y, si lo queremos, nos envuelve, nos introduce en el corazón de este Misterio, en el hogar de la Sagrada Familia, para enseñarnos el secreto de la fe y de la espera en aquel Cristo que de nuevo vendrá y que en

el universo, hará nuevas todas las cosas. Gracias, Kiko y compañeros, por habernos recordado (más bien, hecho tangible) todo esto con la intuición del arte y el sentido de la fe.

Vittorio Messori (1)

Vittorio Messori es un afamado periodista católico italiano, famoso sobre todo por haber escrito el libro-entrevista con el Papa Juan Pablo II "Cruzando el Umbral de la Esperanza".